

Louis Bromfield
La selva

EDICIONES DEL VIENTO





La selva

Título original: *The Wild Country*

Publicado por primera vez por Harper & Brothers, Nueva York, 1948

Traducción de María Virginia Martínez Costa de Abaria

©The Estate of Louis Bromfield, 2008

©Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com

www.edicionesdelviento.com

Diseño: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-30-3

Depósito legal: xxxxxx

Impresión: Valladares s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Primera parte	7
Segunda parte	83
Tercera parte	169
Cuarta parte	201

Primera parte

Oí que el viejo Virgil decía:

—Henry se ha traído a casa una pajarita.

Mi abuelo le preguntó:

—¿De dónde?

Y el viejo Virgil respondió:

—De la Exposición Universal. Siempre he dicho que los muchachos de campo no sacan nada bueno de andar por esos sitios.

Lo que acababa de oír no significaba nada para mí, y apenas si produjo alguna impresión en mi cerebro. Seguí jugando con *Prince*, que corría sin parar detrás de los palos que yo le tiraba, y luego saltaba y me ponía las patas sobre los hombros. Pesaba yo poco más que el viejo perro pastor, y cada vez que en su alboroto se me echaba enci-

ma, no faltaba mucho para que me tirase al suelo; pero no importaba, porque los dos nos comprendíamos perfectamente. El perro había sido mío desde antes de cumplir yo los dos años cuando me lo trajo el padre de Henry, y era un cachorrillo suave, redondo y lanudo. *Prince* tenía ya doce años, pero aún estaba fuerte y lleno de vida. Me hacía reír cada vez que me lamía la cara, y era tal el ruido que hacíamos entre él y yo con mis risas y sus ladridos, que mi abuelo, volviéndose, dijo secamente:

—¡Basta, Ronnie! No me dejáis oír siquiera lo que pienso. Vete a jugar junto al arroyo.

Y por el timbre de su voz y la forma en que hablaba comprendí que estaba irritado o preocupado. Era un hombre muy pacífico, pero cuando estaba enfadado o algo le preocupaba, solía saltar contra quien tenía más cerca, aunque no hubiese causado el problema. Era como si los nervios y el cerebro, normalmente apacibles y controlados, se tensaran repentinamente hasta el punto de estallar. En ocasiones reaccionaba así al irritarse o impacientarse con la estupidez y la intolerancia ajenas, y con frecuencia no lo hacía contra el objeto de su impaciencia, sino contra alguna persona querida que no tenía nada que ver con su enfado.

Así que *Prince* y yo lo dejamos hablando con el viejo y corrimos cuesta abajo por entre la hierba, por delante de la Casa Grande, hasta llegar al terreno bajo, junto al arroyo, donde la menta y otras plantas aromáticas crecían con tal profusión que, al correr, mis pies quedaban

presos en ellas, obligándome a acortar la marcha y convertir en paseo mi desenfrenada carrera.

Era una tarde de fines de mayo, radiante y calurosa, y el ambiente estaba saturado del aroma de la menta y de las otras plantas que había hollado al pasar. También estaban mezclados otros olores maravillosos con el olor del agua, que se deslizaba rápidamente y donde miles de pececillos nadando cara a la corriente y reluciendo al sol, entrechocaban sus escamas plateadas y perforaban el agua del manantial. Se percibía el olor de la rica tierra negra y cenagosa que bordeaba el riachuelo y hasta alguna bocanada fuerte y penetrante de una col fétida que habíamos aplastado en nuestra precipitada carrera. Nos encontrábamos a la orilla del arroyo, y *Prince*, ladrando todavía, dio un salto desde el alto margen entre los sauces y cayó de lleno en uno de los charcos, salpicando al mismo tiempo pececillos y agua, que, al alzarse por encima de él, relució a la luz del sol.

El perro seguía ladrándome en el agua, pidiendo que le lanzase otro palo, pero me sentí repentinamente cansado, con esa lasitud suave y sibarítica que se cierne sobre un muchacho en pleno desarrollo cuando, al aproximarse el verano, el calor del sol pone en funcionamiento todas las glándulas que empiezan a despertar, lo mismo que consigue que crezcan las plantas, que echen flores y que prosigan el ciclo completo de la vida.

Me tendí sobre la orilla mullida y tibia, y en aquel momento se apoderó de mí la extraña sensación de que yo

formaba parte de todas aquellas cosas que me rodeaban, parte del perfume de la menta y del brillante arroyuelo, del sol y de los sauces verde lechuga. Lo mismo le ocurría a *Prince*; no como animal separado de mí por aquellas barreras que habían llegado a interponerse entre los animales y el hombre, proporcionándole a éste arrogancia y desgracias, sino como un amigo. Y un poco más allá, detrás de nosotros, croaban las ranas y los sapos en las aguas superficiales y sombrías de los pantanos.

Tendido allí en la orilla, bajo el sol de la avanzada primavera, en pleno desarrollo y crecimiento de mi cuerpo infantil, sentía un verdadero placer al contacto de la tierra fértil y templada y un vivo deseo de hundirme aún más en ella, como si tratase así de convertirme más íntimamente en parte integrante de aquel exuberante crecimiento y fertilidad, latentes en los marjales bajos y húmedos que me rodeaban; en el abrir de los capullos y en el débil perfume que despedían las flores de un manzano silvestre cercano que, aunque oculto, poseía una fragancia capaz de atraer a las abejas a una milla de distancia, desde más allá de la Casa Grande, donde estaban las colmenas, hasta las flores que fertilizaban anualmente, para que pudieran convertirse después en aquellas manzanitas amargas con que se alimentaban en invierno los mapaches, los conejos, las ratas almizcleras y los pájaros. Era uno de esos momentos que perduran en la memoria a través de los años, tal vez porque entonces —y aun después— pareciesen constituir la apoteosis

del placer de vivir; uno de esos momentos que, aunque brevísimos, se siente que forman parte de un orden que excluye igualmente la soledad y el egotismo.

Prince, poseído tal vez de la voluptuosidad de la suave brisa y del agua cristalina, dejó de ladrar y se quedó parado en medio de la corriente mirándome, con sólo la cabeza fuera del agua. Comprendí lo que me estaba apeteciendo: lo que quería era reunirme allí con él, como si el agua, al pasar sobre mi cuerpo, fuese a unirme más estrechamente al milagro de la vuelta de la tierra a la vida con el brote de la nueva estación. No se trataba, desde luego, más que del impulso normal y la necesidad sentida por un niño de echarse a nadar por primera vez en el año; pero en aquel impulso, común a todas las criaturas de mi edad, se encontraban mezcladas todas las fuerzas de la Naturaleza.

Me senté y empecé a quitarme la ropa, y *Prince*, adivinando que me disponía a reunirme con él, empezó a ladrar y saltó a la orilla, sacudiendo el agua de su pelambre sobre mi ropa y sobre mi cuerpo desnudo. El agua estaba fría, tan fría que me estremecí un instante a pesar del calor del sol. Me deslicé por entre las raíces de los sauces, que el agua dejaba desnudas durante las inundaciones que precedían a la primavera, hasta el banco de arena que estaba justo debajo.

La arena estaba caliente, su roce era agradable al deslizarse por entre los dedos de mis pies y me tumbé con holgazanería acariciando su calor. Mientras yacía allí desnu-

do boca abajo, descubrí bajo mi propia nariz chata y pecosa un mundo entero de cosas en pleno desarrollo: jóvenes retoños de plantas acuáticas y de maleza y hasta una plantación completa de diminutos sicomoros, brotados de un millón de semillas que aquel otoño habían estado contenidas en una sola bola de pelusa, igual a las anticuadas borlas que tenían las cortinas de la Casa Grande. Había cientos de ellos, pero probablemente no sobrevivirían más que uno o dos, llegando a convertirse en los enormes árboles de blanco tronco que se extendían sobre los pastos bajos y que tan hermosos resultaban en verano, cuando las vacas y los caballos se paraban en su espesa sombra combatiendo a los tábanos, y en invierno cuando sus ramas blancas y desnudas se alzaban hacia el cielo oscuro. A lo largo del arroyo, hasta el lugar en que éste alcanzaba el lago y la selva, había millones de estos diminutos retoños nacidos a la vida con objeto de que por lo menos una docena, o alguno más, pudiese sobrevivir.

Un poco más allá de mi nariz se encontraba la transparente charca en que *Prince* se había bañado. Estaba de nuevo clara y tranquila, después de que desapareciese el fango por la acción de la corriente. Se alcanzaba a ver el fondo, donde los pececillos plateados, turbados momentáneamente por los excesos del perro, habían vuelto a formar, con precisión casi militar, cara a la corriente, para atrapar cualquier alimento que se deslizase a su lado. Por encima de ellos, en las rápidas aguas de la superficie, había un banco de peces grandes de color gris verdoso

con toques de escarlata apagado en la cabeza y en las aletas. Aquellos eran los grandes ejemplares de chupón blanco que custodiaban los nidos donde las hembras, después de formar una pequeña depresión en el lecho del riachuelo, depositaban cientos de miles de huevos. Éstos, al igual que las semillas de los sicomoros, estarían a punto de abrirse para lanzar a la vida cientos de miles de pececillos diminutos, de los que sólo sobreviviría un mínimo porcentaje para continuar la raza que había perdurado entre las nieblas de su pantanoso pasado.

Yo conocía la vida de aquellos peces. La conocía a través de dos fuentes distintas. Mi abuelo me había contado todo lo referente a ellos y a su estrecha relación con el pasado remoto del mundo, y además había leído muchas cosas en los voluminosos libros, ilustrados en colores, que mi tía-abuela Susan guardaba en su cuarto, y que me prestaba de uno en uno. Pero también conocía su vida de otra forma, mejor tal vez, porque en las suaves noches primaverales había salido con Henry Benson para cogerlos fácilmente en las aguas poco profundas donde, en su pasión por reproducirse, ni se percataban de nuestra presencia. Yo sabía cómo cambiaban sus colores en la época de cría y cómo, cuando las larvas salían del huevo, desaparecían para ocultarse en el fondo de los agujeros, donde resultaba casi imposible pescarlos con cebo corriente. Conocía sus costumbres de dos maneras muy diferentes, como a veces se conoce la vida: una de ellas, que podríamos llamar prudente, a través de los libros, y la otra, viviendo.

Lo que hacíamos Henry y yo —atrapar de aquella manera a los peces sorprendidos— no era lícito ni siquiera en aquellos tiempos lejanos, porque resultaba demasiado fácil pescar aquellos peces atontados que se apelonaban en las zonas menos profundas, y no era divertido. Yo creo que lo que le gustaba a Henry era la impresión cálida de esas noches en las que los peces se movilizaban, y la sensación de perderse en aquella oscuridad infinita que olía a primavera. Eran paseos estimulantes que nos hacían sentir a gusto, y cuando volvíamos a casa, la paz nos rodeaba y dormíamos bien, con ese sueño profundo que tan cerca está de la muerte, de la paz y de la eternidad.

Pasó un rato antes de sentarme y meter un pie en el agua. Aún estaba fría, pero no tanto como era de esperar en aquel tiempo. *Prince*, que había estado a mi lado con el hocico enterrado en la arena caliente, se sentó y me ladró; después se levantó y se tiró al agua entre los pececillos resplandecientes, dando grandes sacudidas para sobreponerse a la impresión producida por las heladas aguas del manantial. Mi cuerpo se habituó a su temperatura, y cuando ya estaba sin respiración nadé hacia la parte menos profunda de la charca y me eché allí, de espaldas, dejando que el agua se deslizase sobre mi cuerpo desnudo.

Al momento renovaron los pececillos su formación, y allí sentado, sacando solamente del agua los hombros, los observé mientras luchaban por conservar su posición en contra de la corriente, con movimientos apenas perceptibles de las aletas y la cola. Al poco rato algunos de los más

pequeños, que parecían distintos, se separaron del resto, vinieron hacia mí y empezaron a mordisquearme los dedos de los pies y las piernas desnudas; y aquel mordisqueo, junto con el movimiento del agua sobre mi cuerpo, me produjeron un extraño anhelo sensual del que nada sabía, excepto que también formaba parte del cálido sol, del aroma de la menta pisada, de las nidadas de peces y del perfume de las flores del manzano silvestre.

A mi lado, cerca de la superficie, una larva de mosca cori-dálida salió de debajo de una roca y realizó un peligroso y zigzagueante recorrido hasta otro refugio un poco más alejado, y un cangrejo abandonó el agua para meterse en uno de los oscuros agujeros que había en la fértil orilla del riachuelo. Una pareja de chorlitejos culirrojos, cuyo nido debía de estar en la pradera cercana, se aproximó a saltitos por la grava hasta que *Prince* los descubrió y les hizo remontar el vuelo entre gritos de desesperación.

Me eché entonces de nuevo en el charco, dejando solamente la cabeza fuera del agua, cubierto por el cielo radiante y azul, salpicado aquí y allá de pequeñas nubes que parecían de algodón, y empecé a pensar en mi abuelo, en el viejo Virgil, en la tía Susan, y en la Casa Grande, situada en la franja de tierra en mitad de la colina.

Oía de nuevo al viejo Virgil diciendo: «Henry se ha traído a casa una pajarita», y me pregunté por qué Henry había tenido que ir nada menos que hasta St. Louis para conseguir una pajarita, cuando en todas las cercas de la granja había pajaritos a motones. Yo me los imaginaba como

chochines pequeños y grises, moviendo la colita. Anidaban entre el sasafrás nuevo, los cerezos silvestres y los saúcos que crecían a lo largo de la cerca y en el lindero del bosque. Eran difíciles de coger, pero si Henry tenía tantas ganas de uno como para ir hasta la Exposición universal a buscarlo, podía haber preparado un pequeño cepo y cogerlo allí mismo en la granja. Parecía una verdadera tontería.

Y entonces me puse a pensar en Henry. Era ágil y fuerte, moreno, con ojos azules y con el pelo negro y rizado muy corto. Tenía unos veintitrés años, y cuando se iba a bañar su piel aparecía tan blanca como la nieve, menos en los antebrazos y en los sitios que dejaba al descubierto la camisa, que llevaba desabrochada en el verano. Era muy robusto, de muslos y brazos poderosos y hombros ebúrneos. Mi abuelo solía decir que se parecía al *David* de Miguel Ángel, pero su fortaleza no era desgarbada; se movía como una pantera y siempre parecía tener prisa, menos en las tardes de domingo, en que iba a bañarse o a pescar, y en aquellas noches que seguía a los mapaches a través de los pantanos y la maleza. Mi abuelo decía que era el hombre más bueno para los animales que había visto en su vida; que era el hombre más bueno que había visto en una granja.

Me gustaba pensar en Henry, porque para un chico de trece años él parecía saber todo lo que era necesario saber en este mundo. Conocía de antemano cuando iban a aparecer en los marjales los patos salvajes, y la situación de todas las madrigueras de zorro. Era capaz de pasarse la

noche entera al lado de un potro o de una ternera enfermos, y se sabía de memoria las charcas del Clear Fork, donde las grandes percas de boca pequeña se ocultaban. Había nacido en aquella región de pobladas colinas, de fuentes y de pantanos. Mientras estaba allí con el agua fresca resbalándome por encima, me parecía que él era una parte de aquel mundo en que me había extraviado. Para mí era un héroe, un héroe como David o Jasón o Ricardo Corazón de León. Yo sería como Henry cuando fuese mayor, y puede que algún día, al morir el abuelo y encargarme yo de todas aquellas hermosas granjas, trabajásemos juntos, uno al lado del otro.

Cuando yo nací, Henry tenía diez años, y al ir yo creciendo se había convertido para mí en una especie de mentor, enseñándome cosas, dejándome seguirlo a todas partes, respondiendo a las preguntas sin fin de un niño que empieza a descubrir el mundo. Ahora sé que aquellas relaciones eran más corrientes de lo que pudiera parecer, puesto que vivíamos en el campo, donde las diferencias de edad tienen menos importancia, y nuestras mentes se hallaban más próximas de lo que era de esperar, porque Henry no había hecho más que unos estudios elementales y yo era un niño precoz con la cabeza llena de hechos y de cosas. En el caso de los peces encarnados, él podía enseñarme todo lo concerniente a su manera de vivir y de reproducirse; pero en cambio yo podía explicarle a él la relación que tenían con el pasado y cómo los peces se habían convertido en reptiles y los reptiles en pájaros. Él,

escuchándome fascinado, me diría: «¡Caramba, Bud, es la cosa más interesante que he oído en mi vida!».

Yo creo que mi abuelo fomentaba nuestras relaciones por dos motivos: porque siendo él muchísimo más viejo que yo, mis preguntas interminables lo aburrían, y porque Henry le parecía un compañero excelente para mí. En aquellos tiempos no había *boy-scouts*, pero Henry solo suplía a una tropa de ellos.

Me di cuenta de que también estaba pensando en el viejo Virgil, todo encogido y retorcido y con aquel ojo que se le quedaba rezagado, de manera que nunca se sabía a cuál de sus ojos mirar cuando se hablaba con él. También Virgil pertenecía al valle. Formaba tanta parte de él como Henry; pero era distinto: malicioso, chismoso y amigo de sembrar cizaña, como si hubiese dentro de él algo que de continuo estuviese gruñendo y royéndole. Me intrigaba el que le diese tanta importancia a que Henry se hubiera traído a casa una pajarita de la Exposición Universal. Aquello parecía herir a Virgil, y disgustarle y hacerle feliz al mismo tiempo.

En aquel momento sonó la campana de la Casa Grande y comprendí que probablemente el viejo Virgil se había marchado y el abuelo me reclamaba para proseguir mi lección de griego.

Dejé la charca y me vestí, con el cuerpo húmedo aún, de mala gana, porque volvía de aquel mundo inmenso en que había estado vagando —el mundo infinito de soñar despierto y en el cual me sentía feliz, insignificante y perdido— al mundo concreto de la Casa Grande, las lec-

ciones de griego y las cenas con tía Susan, que se quejaba de que mis orejas y mis manos no estaban nunca suficientemente limpias.

Una vez vestido, *Prince* y yo emprendimos el camino a través de las matas calientes y perfumadas de menta y hierbabuena, y a través de los pastos donde las vacas rumiaban la grama y el trébol, subiendo la larga cuesta que conducía a la Casa Grande con sus torrecillas y sus cúpulas, y rodeada de nogales negros y de acacias. Caminaba despacio, arrastrando los pies y esparciendo las boñigas secas del ganado, lo mismo que le había visto hacer a Henry, como buen labrador, muy a menudo. *Prince* también hubiera arrastrado sus patas de poder hacerlo. Como yo, él había perdido la alegría ante la perspectiva de volver a la vida metódica de la Casa Grande. Y todo el camino fui pensando en Henry y preguntándome por qué habría necesitado ir hasta St. Louis para conseguir una pajarita.

Todo era así. Ahora, después de dos generaciones, el recuerdo de aquella tarde se conserva en mi memoria fresco y brillante. Puede que sea tal vez porque a medida que se envejece se recuerdan con mayor claridad las cosas que han ocurrido en la primera infancia, y más seguramente porque nunca se olvidan las impresiones relacionadas con el amor y el crecimiento y las fuerzas primitivas de la creación, la reproducción y la inmortalidad. Creo que aquella calurosa tarde primaveral señaló el comienzo de mi adolescencia y del despertar en mi cuerpo infantil de todas esas fuerzas que pueden proporcionar tanto placer

y tanta tristeza, y que, finalmente, determinan lo que han de ser nuestras vidas. También lo recuerdo claramente porque estaba relacionado con Henry Benson y con la misteriosa pajarita que había traído de St. Louis, ya que a través de ellos aprendí, a medida que me transformaba en hombre, muchas de las cosas relacionadas con el amor y la vida y la inmortalidad, que me hicieron comprender lo que yo era y cuál era mi puesto en el diagrama de las cosas. Si se tiene un temperamento reflexivo, las impresiones que han rozado nuestra evolución y nuestra comprensión no se olvidan con facilidad, sino que vuelven y vuelven hasta los últimos días de nuestra existencia.

La Casa Grande, hacia la cual me dirigía apresuradamente a través de los pastos, se encontraba en lo alto de un cerro que dominaba el valle. Era un edificio alto y complicado, con torrecillas y flanqueado por un pórtico de techo elevado; una casa bastante fea que en aquel emplazamiento hubiera resultado un espectáculo lastimoso de no ser por los hermosos árboles —una mezcla de olmos, nogales, acacias y manzanos— que la rodeaban. Más allá de la franja de árboles había una extensión de pradera recortada con dos venados de hierro fundido que se blanqueaban todos los veranos y que miraban hacia el valle entre dos macizos circulares de flores, donde crecía una brillante mezcla de salvia, begonias y geranios. Al revés de lo que ocurría en el valle y en la región entera, aquella casa no tenía nada de agreste ni tampoco sus inmediatos alrededores. Todo es-

taba ordenado, suavizado, aseado, recortado, como correspondía a la casa de campo de un hombre rico y distinguido que había sido senador, juez y embajador.

Pasadas las praderas, había unas vallas pintadas de blanco que separaban las dehesas, donde los famosos caballos de carreras que criaba mi abuelo pacían durante el verano, sumergidos en la alta hierba. Estas dehesas se unían con las grandes cuadras de espaciosos pesebres, donde vivían los caballos durante el invierno. En un extremo se encontraban la vaquería y los establos pertenecientes a las bruñidas vacas Jersey, de cara negra y ojo endrino, y a su señor, el feroz toro Jersey, llamado *Magnificent Oliver de Clarendon*. Detrás de aquello estaban las cabañas de los mozos de cuadra negros y los compartimientos construidos alrededor de un patio cuadrado con un pozo y una bomba en el centro. Desde las cuadras, pasada la fea casa rodeada de árboles, arrancaba el camino de acceso, semejante a una cinta blanca y que conducía al vecinal. En su unión con éste había un gran arco con el nombre “Clarendon Stock Farm” en letras de hierro. En unas columnas a los lados, como si fuesen los dioses del lugar, había unas figuras de hierro fundido representando un caballo de carreras y un toro Jersey. Todo aquello había sido construido al poco de acabar la guerra civil con el dinero que mi abuelo había heredado de su padre.

Cuando entré en la casa y en el despacho de mi abuelo aquel caluroso día de mayo, estaba sin respiración. Mi abuelo me miró severamente y me preguntó:

—¿Dónde estabas? ¿Has olvidado la hora?

Le dije que lamentaba el retraso, pero no le dije que desde el momento en que los había dejado a él y a Virgil hablando a la entrada del camino, había vagado entre sueños, deslizándome a través del universo entero. Pero no podía explicárselo. Las lecciones de griego eran lo único que exigía de mí a cambio de los largos veranos deliciosos que pasaba todos los años en la finca de Clarendon.

Su despacho era una habitación fresca, de alto techo, con ventanas altas también, que no tenían cortinas. En su lugar había unas persianas de librillo que se plegaban dentro del marco de la ventana. Eran excelentes para una casa construida en la rica cuenca del Mississippi, ya que permitían que corriese la brisa, impidiendo al mismo tiempo la entrada del ardiente sol de verano.

Las paredes estaban cubiertas de librerías, llenas la mayor parte de tratados de leyes internacionales, historia y biografías que mi abuelo había ido trayendo de su enorme casa de St. Louis a medida que se hacía viejo y venía a pasar más y más temporadas a la finca. En los espacios que quedaban libres había colgados unos grabados con los retratos de George Washington y Abraham Lincoln, y en un nicho encima del enorme escritorio, una copia de un busto de Voltaire, de Houdon.

Era una habitación que se adaptaba a mi abuelo. Su elevado techo estaba en armonía con un hombre tan alto y esbelto. Resultaba digna y austera y acogedora, a pesar de todo.